

Ecós del Festival Centroamericano de Teatro

Dirigida por Roberto Salomón y protagonizada por Dora de Ayala e Isabel Dada, *Orinoco*, del dramaturgo mejicano Emilio Caballido, abrió el Festival Centroamericano de Teatro, el pasado 24 de agosto.

El evento, organizado por la compañía escénica *Sol del río*, y apoyado por varias firmas privadas —TACA, CREDOMATIC, FUNTER Y Hotel El Salvador—, en su segundo año de realización reunió a grupos de Centroamérica y a invitados especiales de la República Dominicana y de Estados Unidos.

La gran sala del Teatro Nacional de San Salvador y el auditorio de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" fueron los escenarios para nueve obras que se sucedieron a lo largo de doce días de actividad que culminaron el 4 de septiembre.

"Aunque ha predominado el monólogo y el diálogo sobre el trabajo pluriactoral —expresaba un profesor de estética—, este año el festival estuvo más sólido que el pasado. *Orinoco* fue una inmejorable apertura, y hubo verdaderos bocados de lujo, como *Emily* y *Aeroplanos*."

En efecto, la realización de *Orinoco* fue una proeza. Montada en no más de veinte ensayos, puso en evidencia cuánto se puede lograr cuando se ponen a producir los talentos de un director y de unas actrices profesionales.

Los aplausos del público reconocieron en su mo-

mento las disímiles naturalezas de una Fiff —idealista y protectora— y de una Mina —realista, pragmática y desprotegida—, encarnadas con propiedad actoral por Dora de Ayala e Isabel Dada. Reconocieron, también, el trabajo de Roberto Salomón que supo mover la pieza desde la superficialidad espumante de la historia de las dos cabareteras hasta la sugerencia más honda de una metáfora de la vida.

La escenografía creada por Negra Alvarez —la proa de un barco fluvial que navega a la deriva sobre las aguas, todo ello sugerido con economía e ingenio en el uso de materiales y sentido estético en el plan de iluminación— ayudó a que *Orinoco*, además de un teatro de texto, fuera un espectáculo con agradables estímulos visuales.

Panamá puso en escena *Blacaman*, basada en un cuento de Gabriel García Márquez, actuada por el elenco de la compañía *Takate* bajo la dirección de Emilio Mojica.

Fue, básicamente, un trabajo de investigación y experimentación que buscaba llevar lo esperpéntico y lo grotesco a la categoría estética. Aunque la atención al texto se diluía en medio de una densidad de recursos visuales y auditivos de la puesta en escena —máscaras, disfraces, músicas, danzas, petardos, luces—, esos mismos recursos lograron poner plásticamente frente al espectador el carácter mágico y onírico del universo narrativo de García Márquez, que es, en definitiva, el universo de la vida latinoamericana.

El monólogo de William Luce, *Emily*, fue una muestra de sólida calidad actoral con que la República Dominicana se hizo presente a través de Maria Castillo

La actriz, graduada por la Escuela de Arte Dramático de su país y por el Instituto de Artes Teatrales Lunacharsky, de Moscú, desarrolló un personaje verosímil —delicadamente cómico y profundamente trágico, a la vez— desde un manejo controlado de las emociones, desde un dominio riguroso del *tempo*, desde una sobria y equilibrada utilización del espacio escénico, y desde una intuición y dicción impecables del texto, de suyo denso y difícil por sus múltiples transiciones.

Comprensión de la naturaleza de la personalidad creadora, asomo momentáneo al fulgor de la vida, a la hondura del sufrimiento y al vacío de la nada fueron algunas de las experiencias con que se enfrentaron los espectadores de *Emily*, algunos de los cuales no vacilaron en calificarla de “estupenda”, “extraordinaria” o “inolvidable”.

La compañía *Mecapal*, de Guatemala —en realidad un francés, Pierre Le Pichon, que realiza su vocación teatral en aquel país—, trajo un espectáculo uniactoral: *Ah, Gonzalo guerrero*. Aceptada por unos, vapuleada por otros, fue una modesta pero valiosa tentativa de llevar el arte de

contar cuentos al escenario.

Perdida ya la tradición de los “cuenteros” de antaño, subió a escena como muestra de esa tendencia actual en muchas direcciones del arte: rescatar, o no dejar morir, un pasado fundamental de la identidad cultural.

Nicaragua puso *Vuelta al Códice*, basada en las *Memorias del fuego*, de Eduardo Galeano, interpretada por el grupo *Nixtayolero* bajo la dirección de Valentín Castillo.

Era un trabajo de tendencia alternativa —en el sentido de búsqueda y experimentación temática y formal— que incorporaba la caricatura, es decir, la exageración de las notas esenciales, a la hora de tratar un problema latinoamericano actual: la depredación ecológica motivada por la voracidad económica. Tras este primer nivel de abordaje al tema, se ocultaba una crítica incisiva a las diversas formas de liberalismo económico imperantes hoy en día.

Fue, para algunos, “la obra más contestataria del festival”, mientras para otros no pasó de ser “una versión nueva de un discurso viejo”, actuada, sí, con entusiasmo y frescura.

Pares y nines, de Alonso Santos, con dirección de Homero López y actuaciones de Francisco Ca-



brera y René Lovo fue la segunda pieza salvadoreña en el Festival. Una comedia de cierto enredo que, de no haber tenido una buena dirección y unas buenas actuaciones hubiera presentado dificultades al espectador a la hora de seguir la trama.

El público la recibió con gusto, en dos sesiones dominicales durante las que hubo una positiva e intensa comunicación indirecta con los espectadores.

Aeroplanos, de Carlos Garostiza, fue otro plato fuerte. Lo trajo, desde Washington, el *Teatro Hispano de Gala*, el mismo que a finales de 1993 fue ovacionado por *El beso de la mujer araña*.

Se trataba de un texto denso, hermoso, pero difícil: la tensión dramática es muy interna —la ancianidad de cara al pasado y a la muerte— y necesita de una cuidada y sólida actuación para mantener interesado al auditorio a lo largo de dos horas en las que nada excepcional o aparatoso ocurre, como no sean las variantes de *tempo* psicológico a lo largo de una prolongada conversación entre dos ancianos durante todo un día.

La pieza fue interpretada en el mejor estilo argentino —psicología porteña y “lunfardo” incluidos— y el público salió conmovido por la pieza cuyo poético final es un canto a la solidaridad y a la alegría de vivir.

Ishtar Yasin vino de Costa Rica con su *Noche de Cadabra*, texto y actuación suyos. Aunque el público coincidió al aquilatar dotes actorales, textura de voz, capacidad para abordar personajes de naturaleza distinta, se dividió a la hora de catar la obra. Para unos resultó “embrujante”, para otros confusa, insípida y hasta amoral.

Fue una especie de *café concert* con múltiples *sketchs* sobre distintas formas de la condición femenina: María de Nazareth, Lilith, Eva, Manuela Saens, Mae West, Madonna y Frida Kahlo.

Fue una pieza de cierta exigencia respecto de

los espectadores, puesto que requería de ellos un marco de información básico para identificar y comprender a las mujeres escenificadas.

Loubavagu, el espectáculo hondureño de los garfunas que Rafael Murillo Selva ha difundido a nivel internacional, marcó el fin del evento. Con llenos casi totales de las 725 sillas del Teatro Nacional de San Salvador, *Loubavagu* fue recibido clamorosamente, por un público que se llenó de regusto ante un espectáculo que tiene la inocencia de un arte *naif* y la fuerza de un documento de crítica e historia. Los campesinos y pescadores garfunas auténticos cuentan su pasado y reviven sus tradiciones en una sesión de dos horas, mezcla de ritmo, magia, violencia y erotismo.

Los retrasos en la hora de inicio de todas las funciones del festival no pasaron inadvertidos entre el público, sobre todo entre aquél que llegó de lugares alejados de las dos salas del evento y que, además, debió asistir a la última función del día. “Con lo peligroso que es andar en la ciudad —decían muchos— ya se imagina usted la tensión con que estábamos en la segunda parte de la obra, cuando esta debía terminar tarde porque había empezado con retraso”.

Otra pequeña sombra la constituyó un cierto sector estudiantil vocinglero y desconsiderado que a veces importunaba durante las funciones. Para algunos “eso es producto de la falta de educación, de la falta de costumbre de ir al teatro”. Para otros “es el resultado directo de una *vacuna* teatral: a los muchachos los han obligado muchas veces a ir a ver trabajos deficientes presentados por grupos irresponsables con el único fin de lucrar. Al no gustarles lo que ven, los muchachos se ponen a “fregar” y van creyendo que en eso consiste ir al teatro”.

Salvo estas máculas, el festival fue una revitalización del espíritu, cuando el año teatral salvadoreño se miraba ya sin principios de solución.

F. A. E.